

Casa volada

A Miss Cortázar

Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Casa tomada

JULIO CORTÁZAR

Si Julio e Irene hubieran sido un poco más observadores, quizá se hubieran dado cuenta, mucho antes, de lo que estaba ocurriendo en la casa. Sin embargo, andaban demasiado ocupados con el resto de sus vidas como para prestar atención a los nimios fenómenos iniciales que indicaban que algo, entre aquellas paredes que se esforzaban en denominar «hogar», no marchaba del todo bien. Por aquel entonces, otros acontecimientos, en apariencia mucho más importantes, devoraban su tiempo e interés: la inminente promoción de Julio en la oficina bancaria donde trabajaba o el probable despido de Irene del bufete de abogados para el que laboraba a media jornada. Además de la ortodoncia de ella, los empastes de él o la lavadora que los había plantado sin previo aviso, justo antes de las vacaciones de Pascua. Unas vacaciones que quedarían arrinconadas un año más, entre catálogos y polvo, en el despacho que la pareja compartía en la casa heredada de los familiares de ella, a las afueras de la ciudad. Tenían previsto, desde hacía mucho tiempo, convertir otra de las estancias, llena de los trastos que habían conservado de sus apartamentos de soltero, en un estudio donde Irene pudiera tejer y hacer sus tapices, dejando el despacho en exclusiva para Julio. Pero el elevado número de

acontecimientos importantes no los dejaba pensar en otra cosa. Y, mientras tanto, el resto de sus vidas se demoraba, semana tras semana, de forma indefinida.

Fueron precisamente los postigos rotos en la ventana de esa habitación-trastero lo primero que vieron cuando aparcaron el auto, la mañana en la que se mudaron a la casa. Se apearon en la parte de atrás de la vivienda y los postigos desencajados los saludaron, golpeando el marco desgastado de la ventana, al compás del viento. Irene hizo allí sus primeros planes. «Habrà que arreglar esa ventana, Julio. Quitaremos los postigos rotos y compraré tela para hacer unas cortinas nuevas, con estampado Liberty. Serà primavera todo el año». Después cogió a Julio del brazo y la pareja dio la vuelta a la casa. Al pasar la verja de entrada, se detuvieron unos instantes, evaluándola en su conjunto, con las llaves en la mano. La vivienda, solitaria, en una zona sin vecinos, era de planta rectangular, de paredes blancas. Un pequeño jardín con arbustos resecos franqueaba la puerta, a la que se accedía subiendo tres escalones de piedra rojiza que hacían conjunto con las tejas de barro de la cubierta. A ambos lados de la fachada, dos ventanas pequeñas, con postigos ocres y desgastados, permanecían cerradas, observándolos. «Habrà que comprar metros de tela Liberty, Irene, para darle a esto un toque a primavera. ¿Y crees que podremos pintar las tejas verdes, como las de aquella niña huérfana de las novelas infantiles?». Irene le dio un ligero puntapié y con una sonrisa subió los escalones, introdujo sus llaves en la cerradura y abrió la puerta. Al instante, los rodeó una calma chicha que los hizo permanecer mudos y expectantes durante más de un minuto, contemplando el desangelado salón que tenían enfrente. Ante la quietud que los envolvía, ambos tuvieron la misma sensación de que el interior los observaba, los evaluaba, a su vez. Pero se abstuvieron de expresar sus pensamientos en voz alta, ya que no los consideraron racionales ni significativos. «Serà la emoción», pensó Julio. «Es por la oscuridad», se justificó Irene. La casa había permanecido cerrada poco más de un mes, lo que había durado la enfermedad del tío que se la había dejado en he-

rencia, y dentro aún olía a caliqueño y ambientador de lavanda. Un trapecio, colgado en mitad del salón vacío, a un metro del suelo, les daba la bienvenida. Julio, sorprendido, se quedó en el umbral y fue Irene, más resuelta, quien entró primero. Abrió las ventanas para que penetrara algo de luz, empujó con suavidad el trapecio desamparado y observó a Julio, que seguía inmóvil en la puerta. «Ya ves, el abogado nos dijo que la casa estaba casi vacía, que mi tío había vendido casi todos los muebles. Supongo que esto... bueno, no sé, no encontraría a nadie que lo quisiera». Lo sujetó, inmovilizándolo de nuevo, y miró a Julio, divertida. «Tiene su explicación, querido. Debí pertenecer a la mujer de mi tío, que había trabajado en un circo. Aunque no me la imagino haciendo acrobacias a la hora de la cena en este espacio tan reducido...». Se descalzó y subió con cuidado, sentándose encima como si fuera un columpio. «¿Sabes? Todos mis tíos fueron inventores, músicos o trapecistas. De hecho, creo que somos los más aburridos que pisan la casa». Julio, en el umbral, se encogió de hombros, entró en el salón y, poniéndose de puntillas, la besó en los labios. «De momento, Irene, de momento». Después, la alzó en volandas y penetraron juntos en el pasillo que daba a las habitaciones de la casa heredada. Era un pasillo corto y oscuro, con dos puertas de madera blanca en cada lado y una verde en el fondo. «Vamos, tonto, déjame aquí, que te harás daño. ¡Oh!, mira, el baño es coqueto, ¿verdad, Julio?». «Fíjate, Irene, la cocina es perfecta para preparar las recetas de la tía Léoni. Y cuando ahorraremos lo suficiente montaremos Le Parisien. «Mmm... el nombre es tan poco original para un bistró, Julio... Aquí sí, en esta de la derecha, tendremos nuestro dormitorio». «Pues en la izquierda estará el despacho». «Yo necesito una pieza solo para el telar, ya lo sabes...». «La del fondo es perfecta, Iri, ¿no te parece?». «Sí, quizá sí. Pero le falta luz. Mmm... con las cortinas Liberty nuevas, toda de blanco y varios estantes para las madejas a lo mejor... Aunque de momento dejaremos aquí las maletas y el trapecio». «Querida, si tampoco importa tanto. Si en esta casa estamos de paso. Pronto hacemos las maletas y nos mudamos». «Sí, Julio, sí. Buscaremos

una con más luz, más grande, más cerca de la ciudad, de tu bistró y de mi futura galería de tapices. Eso sí, antes viajaremos a África, allí encontraré inspiración. Llegaremos al lago Victoria, a las montañas Virunga, a las llanuras del Tsavo...». «Sí, sí, claro, Irene, si esto no es más que un paréntesis, ya lo sabes...».

A lo largo de las semanas posteriores, la casa heredada se llenó de muebles inútiles, trastos prestados, cachivaches imprescindibles y recuerdos olvidables. Poco a poco se vistió de comunión, aunque modesta y en gran parte de prestado. La habitación del fondo, que fue inaugurada con las dos maletas y el trapecio desahuciado, se transformó en un trastero espontáneo, repleto de proyectos en pausa y planes desechados. Y, sin que apenas se diesen cuenta, el paréntesis se alargó una docena de años. A Julio e Irene el tiempo se les iba hipotecando en imprevistos y esperas, en fantasías arrinconadas y en suspiros que se alargaban más, día a día, cuando sonaba el despertador. Toda la casa se les iba saturando de huecos fantasma y anhelos postergados que fueron, poco a poco, adueñándose de cada uno de sus rincones, liderando una revolución silenciosa, e invisible para ellos, que los cogió por sorpresa. Y mientras tanto las maletas, aburridas y vacías, permanecían en el mismo cuarto, desterradas junto a los restos del trapecio y bajo la ventana que continuaba desnuda, protegida tan solo por los postigos rotos que, de cuando en cuando, golpeaban el marco, al compás del viento.

Fue justo en esa habitación donde Julio experimentó el primer contratiempo. Era una noche entre semana, alrededor de las once, cuando, tras ver un concurso de cocina, se acordó de las recetas de su tía Léoni. Apagó el televisor y decidió sorprender a Irene cocinando algo para la cena del sábado. Cogió un bolígrafo e intentó enumerar los ingredientes de su delicioso budín de zanahoria con jengibre, el que madame Léoni preparaba los domingos después de ir a misa, pero no se acordaba del tiempo de cocción. Sabía que los cuadernos con las recetas estaban guardados en un viejo secreter, abandonado en el trastero, así que se levantó, apagó las luces y enfiló el pasillo casi a oscuras. Desde la habitación de ma-

trimonio, la segunda que se encontraba a su derecha, se asomaba una luz tenue que le servía de guía. Abrió la puerta con delicadeza y descubrió a Irene en la cama, dormida, con una novela en las manos. De puntillas, para no hacer ruido, caminó hasta el final del corredor, hasta la puerta verde que señalaba la entrada del trastero e intentó abrirla, sin éxito. Pese a que tenía una pequeña cerradura, hacía tiempo que habían perdido la llave y nunca la cerraban. Sin embargo, parecía estar bloqueada. Forcejeó unos minutos. Intentando mantener el silencio, empujó con fuerza, dio un par de golpes en la madera y movió el pomo a un lado y a otro. Finalmente, con un encogimiento de hombros, desistió del intento. Hablaría con Irene, quizá ella había encontrado la llave y la había usado sin decirle nada. Y, pensando en el budín de zanahoria de la tía, se dirigió bostezando a su habitación, se metió en la cama con cuidado de no despertar a su mujer y apagó la luz.

No comentó con ella el incidente cuando se cruzaron por la mañana en el desayuno, ni al día siguiente, ni al otro. No tuvo tiempo. Y olvidó de nuevo las recetas que, a los dieciocho años, transcribió con esmero en varios cuadernos, para recrearlas en el bistró que había aspirado conducir en el centro de la ciudad. El sábado por la mañana, haciendo la limpieza semanal, Irene encontró un papel garabateado entre los cojines del sofá y, encogiéndose de hombros, se lo guardó en el bolsillo del delantal. Ya se lo daría a Julio cuando regresara de su salida en bicicleta. Pero no se acordó de hacerlo a la hora de la comida ni por la noche en la cena o al volver del cine. Y el domingo, cuando puso el delantal en la lavadora nueva que les había costado unas vacaciones, el papel se desintegró en trocitos minúsculos e ininteligibles que se colaron por los orificios del tambor, desapareciendo para siempre.

A ese primer desencuentro con la puerta del trastero le siguieron otros incidentes, tan triviales y discretos, que pasaron desapercibidos a Irene y Julio. Y es que al principio, muy al principio, fueron resistencias pueriles. Un cajón de la cómoda, en la habitación de matrimonio, que se negaba a ser abierto. La puerta del recibidor, que no podía cerrarse correctamente. O la desaparición

progresiva de los olores característicos de la casa: el ambientador con flores silvestres preferido de Julio y el perfume de violetas que usaba Irene y siempre se había percibido en todas las estancias. Y no es que ellos no prestaran ninguna atención a la casa, no exactamente. Se preocupaban de que no faltase papel higiénico en el baño. De que las macetas, todas del mismo color, estuvieran siempre bien regadas. E incluso de utilizar el jabón adecuado para que la lavadora no se averiase de nuevo. Pero tampoco tenían tiempo para más en aquella época. Y aceptaron, como algo normal, que durante aquellos días se marchitasen los geranios y begonias de la entrada o cesase, de repente, la cantinela de las cigarras en el exterior y todo ruido en las tuberías. «Es extraño, sí, aunque es lo que tienen las casas viejas, Irene. A lo mejor eran ratones y ya se han ido. Tampoco vale la pena darle más vueltas o gastarnos un dineral en fumigar, si esto no es más que un paréntesis...». Y, tras desearse las buenas noches, se daban la vuelta en la cama, conformados y agotados, para seguir soñando hasta el día siguiente.

Finalmente, fue Irene la primera en darse cuenta de que algo no iba del todo bien, la tarde en que una corriente fría se llevó todas las flores de la entrada. Al regresar de su compra semanal en el hipermercado, con una bolsa en cada mano, abrió con dificultad la cancela de hierro forjado que presidía el pequeño jardín y se quedó un rato observando la fachada: la puerta, los tres escalones, las dos ventanas... y el parterre desnudo que ahora la rodeaba. No encontró rastro de sus geranios y begonias, ni de los arbustos, que habían resistido desde la mudanza. Dejó las bolsas en los escalones, dio una vuelta completa y no atisbó un solo pétalo, una sola hoja, una sola huella. Le resultó todo tan extraño que decidió hablar con Julio a la hora de la cena.

Fue esa noche de verano, mientras la pareja alternaba cucharadas de sopa fría de langosta con hipótesis diversas que explicasen la desaparición vegetal, cuando todo se precipitó. Un ruido, intenso como un trueno en el desierto, los sorprendió procedente del despacho compartido. Asustados, se levantaron de la mesa y

corrieron hasta la puerta de la habitación, que se abrió sin resistencia. Y así descubrieron asombrados que se habían esfumado las alfombras, los cuadros y los diplomas de las paredes. La mesa de caoba, la butaca de escay giratoria y los armarios empotrados con todo lo que allí guardaban. Carpetas, recibos y documentos. Pero también los álbumes y su vídeo de recién casados. Las últimas recetas de Julio y los primeros bocetos de Irene para los tapices basados en el viaje al continente africano que nunca realizó. Los planos de la casa que habían soñado y las guías de viaje que no llegaron a usar. Todo había desaparecido. Y, ante ellos, solo quedaban cuatro paredes desnudas y heladas. Nada más.

Irene, de inmediato, quiso avisar a la policía, sin embargo, Julio no lo tuvo tan claro. «Irene, en la casa, revisarán huellas dactilares inexistentes. En el jardín, buscarán pisadas invisibles. Y nos interrogarán durante horas sin llegar a ninguna conclusión. Simplemente, nos tomarán por locos». La pareja, al filo de la medianoche, permanecía sentada en el sofá del salón, agarrada a una taza de té. «¿Y estás segura de que no viste a nadie sospechoso?». «Pero, Julio, para llevárselo todo hubieran necesitado un camión y ahí afuera no había nada...». «No sé, Irene, lo mejor es que vayamos a descansar y mañana tomaremos una decisión. No tocaremos nada de la habitación y...». «Pero, Julio..., si es que no queda nada que tocar...». Hacia las dos de la mañana los dos, exhaustos y atónitos a partes iguales, decidieron irse a la cama y se encaminaron a su habitación entre bostezos y murmullos, cogidos de la mano y dirigiendo miradas aprensivas a la puerta cerrada de la habitación vacía. Y, ya entre las sábanas, se durmieron enseguida, hasta el amanecer.

En esta ocasión, fue Julio el primero en sentir el ligero temblor que hacía tambalear la cama de matrimonio y las dos mesillas de noche. Se levantó y abrió la ventana, justo para descubrir cómo salían por los aires cacerolas, cubiertos y la vajilla completa. Las lámparas del salón, las sillas, la mesa de caoba y el sofá a cuadros escoceses heredado de sus padres. La televisión, la nevera y la lavadora nueva. Hacia el cielo se elevaban centenares de cachiva-

ches, gigantes, medianos y pequeños, como en una señal de humo multicolor dirigida a la pareja. Irene, que se había levantado a su vez, lo agarró del brazo, sobrecogida. «Ay, Julio, que se nos vuela la casa». El marco donde se apoyaban no tardó en salir disparado y tras él, las mesillas, el cabezal que nunca acabó de convencer a Irene, las colchas de ganchillo y la cama entera. Julio e Irene, con la boca abierta, en zapatillas, pijama y camisón, salieron al pasillo justo a tiempo para ver cómo por la ventana del trastero se escapaban el columpio y las maletas que habían permanecido todos aquellos años abandonados en un rincón. Perplejos, corrieron hasta la puerta de la entrada, que aún resistía con la llave en la cerradura, mientras por los cielos seguían elevándose bañera, espejos y retrete. Irene cogió la llave, traspasaron el alfeizar y salieron a lo que quedaba de jardín. Allí Julio cogió la mano a Irene quien, con la otra, apretaba la llave dorada hasta hacerse daño mientras seguían contemplando cómo todo aquello que habían denominado hogar volaba por los aires.

—No va a haber quien se crea esto, Julio.

—Ni que lo digas, amor.

—Fíjate, ahí va la enciclopedia entera que nos regaló mi amiga Inés... la verdad es que no la utilizamos nunca. Y en ese baúl creo que metí las mantelerías de ganchillo de tu abuela, las que decías que usarías para el bistró.

—¿De veras? Bueno, estaban amarillentas, muy demodé. Caramba, Irene, si es que se nos escapa la casa entera...

Ella se apretó contra Julio y lo abrazó por la cintura.

—En el fondo no era más que un paréntesis, Julio, ¿recuerdas?

—Sí... sí... pero, ¿y ahora? ¿A dónde vamos?

Se quedaron en silencio unos minutos, mirando hacia el cielo cubierto de trastos, hasta que Irene se desprendió de Julio y contestó:

—Pues creo que empezaremos por Tombuctú. Siempre me resultó evocador ese nombre.

—¿Tombuctú?

—Sí, sí, me gusta como suena, eso es importante, ¿no crees?

Julio se encogió de hombros.

—Bueno, de alguna forma habrá que empezar, ¿no? Y además, quién sabe, la cocina exótica también puede ser de interés para mi bistró...

Abrazados, dirigieron una última mirada al remolino en el que se había convertido su hogar. Por los aires, una vorágine de muebles, vajillas y electrodomésticos seguían girando, desorientados. La pareja dio la vuelta, dejándolos atrás y empezó a andar. Julio, con su pijama de rombos e Irene, con su camisón de blonda, se alejaron calle abajo, y al pasar junto a la alcantarilla, ella se detuvo y arrojó dentro la llave. «Es lo mejor, Julio. No vaya a ser que a algún pobre diablo se le ocurra robar y se meta en la casa, o en lo que quede de ella, a esta hora y con la casa... volada».